

# SENDER, CIEN AÑOS DESPUÉS

Por Antonio VILLANUEVA,  
profesor de Literatura.

(Publicado en *Rolde. Revista de Cultura aragonesa*, Zaragoza, nº 97-98, julio-diciembre 2001)

La magia de los números redondos nos hace recordar, ahora, a Ramón José Sender, aragonés de Chalamera (Huesca), cien años después de su nacimiento. En Política, arte de lo inmediato, suele concederse un margen de cien días antes de valorar la acción de los gobiernos. En Literatura, en las Bellas Artes como en las Bellas Letras, la vocación de permanencia convierte los días en años. Cien años es tiempo suficiente para hacer balance. El artista verdadero es el que se sitúa al margen del tiempo. La obra de arte no es ni milenaria ni decenaria ni anuaria. Sencillamente, es tan ucrónica como utópica. Situada fuera del tiempo y del espacio, duerme a la espera de un lector de aquí o de allá, de este siglo o de aquél, que la revitalice en su lectura.

Las fechas son, pues, lo menos importante. Por la misma regla de la “tradicición-centenario”, podríamos conmemorar, en el 2002, los veinte años del fallecimiento del escritor en San Diego (California). ¿Qué diríamos entonces? ¿“Veintenario”, “bidecenario” de Sender? Más que dar tema de conversación a los omniopinadores mediáticos, los plumíferos impenitentes y demás filibusteros de la “movida” comunicacional, lo importante de la efeméride es que se lea a Sender. Que se lea y, si hace falta, que se relea. Porque también habría que corregir algunos tópicos que, sobre el escritor del Cinca, se repiten de una manera más bien mecánica.

Así que son varias las tareas que esperábamos —y esperamos— de este centenario. Y la verdad es que, por el momento, las cosas no han rodado demasiado mal. Acaba de inaugurarse en Zaragoza la exposición “Cartografía de una soledad”, dedicada al escritor, que estará abierta al público hasta diciembre de este año. Y ha habido profusión de actos senderianos en los territorios de la comunidad autónoma. Las instituciones, esta vez, sí se han implicado “desde el mero comienzo”, que dirían nuestros hermanos del otro lado del Charco. No quiero dejar de decir que el “año senderiano” se inauguró, allá por el mes de febrero, en el Museo de Huesca, con presencia del Consejero de Cultura, señor Callizo, y del director de la Biblioteca

Nacional, señor Juaristi. Aragón también se construye así, cuidando el patrimonio, recordando a quien lo merece y poniendo las cosas en su justo término, sin más cachirulos de los necesarios. El aragonesismo de Sender es indudable, como lo es su dimensión española y universal.

El centenario nos ha traído, nos está trayendo, cosas importantes para la revitalización senderiana. En marzo, entre el 27 y el 30, se realizó en Huesca un importante congreso, cuyas actas esperamos con impaciencia. También en Sheffield (Reino Unido), se organizó un simposio. El Centro de Profesores de Huesca promovió un seminario didáctico. La Diputación Provincial ha patrocinado una exposición itinerante dirigida a los alumnos de secundaria. Eugenio Monesma presentó su magnífico videoreportaje *Miradas de una vida*. Jesús Vived ha editado *La llave*, obra teatral inédita, con magnífico estudio introductorio. Luis Esteve y Gemma Mañá publicaron una guía de lectura del *Réquiem por un campesino español* y las revistas *Trébede* y *Turia*, sus números monográficos. Francisco Carrasquer, ilustre senderiano, dio a conocer su recopilación de artículos, en volumen prologado por Javier Barreiro. Y aún habrá más novedades, antes de que finalice el año: la prometida monografía de *Letras Peninsulares*, las reediciones de *Siete domingos rojos* y *Proclamación de la sonrisa*, una biografía a cargo de Vived, etc.

Sin embargo, aún queda mucho por hacer. Y no lo digo por ser aguafiestas. Pero es que la recepción de la obra senderiana siempre ha sido problemática. En su correspondencia con el también aragonés Joaquín Maurín, propietario de la agencia ALA, para la que escribió miles de artículos de prensa, se quejaba Sender de que, a veces, escribía una obra en quince días y tenía que esperar hasta quince meses para verla publicada. Y tras la larga espera, lo que encontraba era con frecuencia descorazonador: además del ninguneo absoluto en España (algo sobre lo que no se hacía ilusiones y que ya sabía previamente), la desidia editorial hispanoamericana era tan tremenda que las erratas se contaban por cientos en los libros que editó allí. En alguna ocasión, imprimieron sus libros suprimiendo capítulos enteros. O ponían erratas hasta en los títulos de sus novelas. Sus cartas a Maurín están llenas de quejas en ese sentido.

No estaría nada mal retomar la idea de editar su obra completa con solvencia y rigor, limpiando textos no demasiado seguros. Círculo de Lectores acaba de hacerlo con

Baroja y el resultado ha sido excelente. Ya va siendo hora de que Sender esté donde merece. Como dice Rafael Conte, junto con Cervantes, Galdós y don Pío, Ramón José es el gran narrador de nuestras letras. Démosle, pues, el trato que merece. Por otra parte, él mismo estuvo metido en el proyecto *Opera omnia*, con la editorial barcelonesa Destino, pero no pudo concluirlo. La muerte lo alcanzó cuando preparaba el cuarto tomo. Una razón más, la del debido homenaje, para retomar la idea.

En el mundo académico, existen varias tesis doctorales sobre nuestro autor que han aclarado muchos puntos oscuros. Aunque, como es natural, todavía quedan aspectos por estudiar. En concreto, debería prestarse más atención al Sender periodista, al modo en que lo ha hecho José Domingo Dueñas con la etapa anterior a 1939. Me consta que Francisco Caudet está investigando el periodismo americano de Sender, cuando ya el escritor era un maestro consumado en el arte de contar. Porque el de Chalamera llegó a la literatura a través de los periódicos y fue autor de vibrantes crónicas y reportajes. El pálpito periodístico nunca lo abandonó. Es más, cuando, entre 1970 y 1982, se produce el decaimiento narrativo del que tanto se ha hablado, su talento de periodista es el que salva libros como *Monte Odina*, *Álbum de radiografías secretas*, *Ensayos del otro mundo* o *Solanar y lucernario aragonés*. Hace falta aclarar que el periodismo está al principio y al final de la obra de Sender. Periodismo militante, en los primeros tiempos. Personal, literaturizado y de un lirismo evocador, en sus años últimos.

Creo que haría falta una perspectiva más intercultural para comprender a Sender en plenitud. En el congreso de Huesca, le oí a Víctor Fuentes reivindicar este enfoque para la obra senderiana. Al fin y al cabo, gran parte de su obra se realizó en el extranjero. Y él quiso solicitar la ciudadanía americana. América está integrada en su vida y en su obra. Pero no sólo los Estados Unidos. Hispanoamérica entera. Y la cultura árabe. Y la gitana. Y también la judía, en libros como *El futuro empezó ayer*. *Lecturas mosaicas*. Cuando antes me refería a ciertos tópicos reiterativos sobre Sender, aludía, entre otras, a afirmaciones como la que habla de la soledad del exiliado y su desgarramiento interior, o las alusiones a la difícil situación anímica y personal de Ramón. Con ser ciertos esos lugares comunes —indudablemente, hay un antes y un después de la guerra civil, en él y en todos los peregrinos—, me parece que ya va siendo hora de apreciar también otras cosas.

Ramón encontró otra vida y otro hogar en América. Allí se hizo catedrático de Literatura, alcanzó un nivel socioeconómico que le permitió escribir con libertad y cierta despreocupación de lo material, fue agasajado y reconocido, sus obras eran leídas por los estudiantes de español y también por el público en general gracias a las traducciones al inglés, algunas hechas por su segunda mujer, recientemente fallecida, Florence Hall. En América, entró en contacto con un mundo nuevo, el de la modernidad, y con las culturas antiguas de los pueblos indígenas del Norte y del Sur. El encuentro no pudo ser más afortunado para un hombre que, como el Federico Salla de *La esfera*, había pensado en suicidarse en más de una ocasión.

A los americanos, les gusta pensar en Sender como en alguien que también es, en parte, suyo. Al fin y al cabo, ellos lo acogieron y le dieron un marco de seguridad y bienestar que en España nunca habría alcanzado. Y tienen razón. Porque en Estados Unidos, Sender cambió definitivamente. Quizá por eso nunca volvió de modo permanente. Quizá por eso prefirió que sus cenizas se esparcieran por el Océano Pacífico, en vez de regresar a la tierra de su Aragón natal. Porque Sender ya no es solamente nuestro. Es de aquí y de allá, de todo aquél que lo lee o relee con fidelidad, con satisfacción.

Y ahí sigue, esperando más y más lectores, necesitado de reediciones sobre todo de sus primeras obras, casi inaccesibles. Requeridor de búsquedas por parte de los investigadores, que deberán aclarar algunos aspectos oscuros de su biografía, recopilar sus prólogos a obras propias y ajenas —un trabajo que está por hacer y que promete ser muy provechoso—, indagar sobre sus relaciones con los autores de su tiempo españoles y extranjeros. No hace mucho, tuve la satisfacción de publicar un artículo sobre un prólogo olvidado de Sender, que él realizó para una novela de su amigo el premio *Pulitzer* e indigenista Olivier La Farge. También escribí la introducción a uno de sus relatos menos conocido, la novelita policiaca *El crimen de las tres efes*. Yo creo que Sender aún nos traerá muchas satisfacciones a los investigadores de la literatura. Porque es, como ha dicho algún colega, un misterio plural inextinguible. El camino es, sin duda, leerlo poco a poco, *sine ira nec studio* que diría el clásico, y transmitirlo adecuadamente a la posteridad. Tenemos aún cosas que debatir sobre el más grande escritor aragonés del siglo XX. Y creo que los lectores tienen muchos buenos momentos que disfrutar con él.